

Laura Muñoz, *Geopolítica, seguridad nacional y política exterior. México y el Caribe en el siglo XIX*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora/Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, 2001, 194 pp.

Por Johanna von Grafenstein Gareis

Este libro de Laura Muñoz, producto de su tesis de doctorado en Estudios Latinoamericanos, reviste especial importancia porque une de manera bien lograda la reflexión teórica con la investigación empírica. Constituye una aportación relevante a la historiografía sobre la conformación del Estado mexicano a lo largo del siglo XIX, al privilegiar en su estudio los vínculos con el exterior y el contexto internacional, ofreciendo con ello un enfoque no explorado hasta ahora con suficiente profundidad. El libro cubre un periodo amplio, desde los orígenes de la nación hasta el régimen porfirista.

El objetivo central del texto es el estudio de las relaciones del México decimonónico con una región colindante, el Caribe, bajo la perspectiva de la geopolítica, un objetivo cabalmente alcanzado gracias a la estructura lógica del texto, la argumentación rigurosa y su sólida sustentación en fuentes primarias y secundarias.

Un primer capítulo del trabajo está dedicado al análisis del concepto de geopolítica, su desarrollo y aplicación en la política exterior de países con un capitalismo avanzado y en fase expansiva. Sobre el trasfondo de esta discusión teórica, la autora analiza la concepción particular de México –es decir, de sus representantes del Estado– de la geopolítica. Sostiene que, sin haber existido una formulación explícita de tal concepción, se puede observar en la práctica una actuación acorde a ciertos principios propios de la geopolítica, o sea, se puede hablar de la presencia de una visión geopolítica en muchas de las decisiones e instrucciones dadas en materia de política exterior. Es de subrayar la diferencia que encuentra Laura Muñoz entre las teorías desarrolladas en los países avanzados en vías de expansión económica y las concepciones discernibles en la política mexicana. Éstas eran expresión de una actitud defensiva, de la necesidad de preservar el territorio nacional, en un primer momento, es decir, hasta 1836, ante el peligro latente de que España pudiese tratar de recuperar su colonia más rica, como ocurrió en 1829 con la expedición frustrada de Isidro Barradas, y posteriormente ante las invasiones emprendidas por Francia y Estados Unidos.

La autora sostiene que en el ejercicio de una geopolítica defensiva, propia de un Estado en construcción, el Caribe desempeñó un papel importante. Por su

ubicación geográfica, la región en sí constituye una zona estratégica y geopolítica. Desde el siglo XVII, las grandes potencias europeas se habían disputado el control de ciertas islas y litorales continentales del golfo de México y el mar Caribe con el fin de promover su explotación agrícola-forestal o de tener bases para incursionar en el lucrativo mercado de las colonias españolas del continente americano. En el siglo XIX la relación de fuerzas cambió: disminuyó la presencia europea, pero se hacía cada vez más notorio el interés de Estados Unidos por la región, vista por los estrategas militares norteamericanos como una zona vital para la seguridad nacional de la Unión. La cercanía a este nuevo centro de poder, el hecho de que importantes rutas marítimas cruzaran sus mares y la posibilidad de acortar distancias en el tráfico marítimo internacional eran los elementos esenciales que conferirían valor estratégico al Golfo-Caribe en el siglo XIX.

En un segundo capítulo la autora explora diferentes posibilidades de concebir el Caribe como región, y presenta la que ella misma adopta para su trabajo. Es el archipiélago de las islas antillanas que ella considera, incluyendo a Belice. Esta delimitación de la región caribeña corresponde a la visión que tenían los estadistas mexicanos del siglo XIX. Además de las islas, era el mar mismo que constituía un elemento importante de la región. Como subraya la autora, los mares del golfo de México y del Caribe separaban, a la vez que unían, a México del mundo isleño antillano, ya que por ellos pasaban múltiples rutas marítimas de categoría regional e internacional.

Lo específico del Golfo-Caribe para México era el hecho de que en este espacio se definía y se define aún en gran parte la seguridad nacional del país. A pesar de que dicho papel de la región le es intrínseco, variaban la idea de la misma y la importancia que tuvo en diferentes momentos de la historia del Estado independiente.

En los capítulos tres a cinco, se da seguimiento a las necesidades internas y coyunturas internacionales específicas que definían el carácter de las relaciones de México con el Caribe en el transcurso del siglo. Según esas, el diseño de la política exterior hacia la región podía variar desde la pasividad y neutralidad hasta el compromiso y la interacción estrecha, como afirma y demuestra Laura Muñoz a lo largo del texto. Los títulos mismos de los tres últimos capítulos dan cuenta del papel ocupado por el Caribe en la política exterior mexicana: El Caribe como bastión de la seguridad nacional (1821-1846), como objeto de la política exterior (1848-1885) y, finalmente, como recurso de la política mexicana frente a Estados Unidos (1885-1898). Estos puntos se desarrollan con base en una investigación de archivo compleja y original. Informes e instrucciones consulares, memorias ministeriales, dictámenes de comisiones, mensajes presidenciales, correspondencia diplomática de Estados Unidos, Cuba y España, folletería y prensa, constituyen las fuentes principales.

Como mencionamos, las luchas políticas domésticas, así como las amenazas externas determinaban la significación político-militar del Caribe para México e influían también en el tipo de relaciones que se establecían con sus países; según las circunstancias, se concedía importancia a toda la región o sólo a algunas

de las islas. Por ejemplo, Cuba destacaba en diferentes coyunturas como objeto prioritario de la política mexicana en la zona. En los años veintes, se buscaba prevenir que la isla sirviera como base para una eventual reconquista de México por parte de España; durante las guerras de independencia cubana en las décadas de los sesentas y noventas, México desplegaba una política cautelosa, cuyo fin era evitar el dominio de Estados Unidos en la gran Antilla y la zona en general, ya que podía constituir una amenaza para la soberanía del país. Prevalecía una actitud neutral durante las dos guerras, que no excluía, sin embargo, el apoyo dado a los independentistas cubanos por sectores populares mexicanos y aun gobiernos liberales como el de Benito Juárez.

La presencia política de México en el Caribe se materializaba en el establecimiento de consulados y viceconsulados en lugares de importancia comercial, política y estratégica. Los consulados, ocupados con personal experimentado, cumplían la función de representaciones de México en la región, así como de fuentes de información; en ambos casos tanto en materia política como económica. Los gobiernos mexicanos estaban atentos a los frecuentes cambios de soberanía de las islas del Caribe que podrían alterar el equilibrio político en la zona y con ello influir en la seguridad nacional propia. Por otra parte, la importancia económica del Caribe para México se manifestaba de diferente manera: las islas eran intermediarias en el comercio con Europa, de allí el interés de que las representaciones influyeran en los movimientos mercantiles y, sobre todo, cobrasen los derechos correspondientes sobre productos mexicanos que tomaban camino hacia Estados Unidos y Europa y sobre mercancías extranjeras que tenían como destino a México. Finalmente, había que considerar que por las costas del Golfo y mar Caribe, de enorme extensión y de difícil vigilancia, entraban en grandes cantidades artículos de contrabando que privaban al fisco de cuantiosos ingresos vía cobro de impuestos a la importación.

Como comentario final queremos destacar que latinoamericanistas, internacionalistas, politólogos e historiadores encontrarán en este último libro de Laura Muñoz un estudio cuidadosamente investigado y argumentado –escrito con precisión y elegancia, y enriquecido con un conjunto de mapas diseñados especialmente para el trabajo– que cubre una faceta de las relaciones exteriores de México desconocida en gran parte hasta ahora.